

En casa de César

Carlos Barbachano

LA CASA DE CÉSAR ESTÁ EN ESE CORAZÓN ABIERTO DE La Habana que es el Malecón. En medio del Malecón. Es una casa grande, cuarteadada por el salitre y el sol implacable del trópico, en permanente estado de rehabilitación. Pero se mantiene sólida y acogedora, resistiendo todas las embestidas posibles, del mar y del mal. No sé cuántas veces ha entrado el mar en su interior, salinizando, todavía más si cabe, los libros de los bajos, entresuelos y principales de sus estanterías, las patas de todos los muebles, las macetas de sus plantas, que son ya medio acuáticas. No sé cuántas veces los amantes de lo ajeno han entrado en la casa, despojándola de sus objetos más valiosos, entre ellos una magnífica colección de cuadros de los mejores pintores cubanos del siglo, que tenía la plusvalía afectiva de haberle sido personalmente entregada por todos y cada uno de sus amigos los plásticos. Los libros todavía están, y espero que estén por mucho tiempo: son objetos espirituales menos codiciados por los amantes de lo ajeno; necesitan, entre otras cosas, mucho más tiempo y conocimientos para afanarlos. En medio de todos estos avatares, habiendo superado hasta el período especial, la casa de César López permanece. Como permanece su dueño.

Entre 1989 y 1995 tuve el extraño privilegio de que los azares de la vida me llevaran a La Habana, donde «fungí», permítaseme decirlo en cubano, como agregado cultural de España en la isla. A los pocos meses de mi llegada conocí a César y a su casa; en ella y en él encontré la colaboración fraterna, el refugio a veces indispensable. Quienes me conocen, quienes me conocieron, sabrán que fui un diplomático ocasional muy activo —a veces hasta extremos inconcebibles y por lo tanto intolerables—; debo confesar que sin la ayuda de César no hubiera hecho ni la mitad de las cosas que hice; de las cosas buenas, por supuesto.

César tenía siempre el consejo justo, la opinión equilibrada, audaz y prudente a un tiempo, la llave de casi todas las puertas. Junto a otros inolvidables amigos intentamos poner nuestro granito de arena a la anhelada reconcilia-

ción entre todos los cubanos de buena voluntad, que son muchos. Juntos trabajamos por lograr el encuentro en esa rica y común cultura cubana, que va mucho más allá de las fronteras físicas y políticas. Pero ésa es otra historia que algún día tal vez podamos contar.

Como buen investigador y divulgador de la cultura cubana, César es frecuentemente invitado por instituciones y universidades de muy distintas latitudes. Muchas de ellas se sentirían orgullosas de tenerlo permanentemente en sus consejos o en sus aulas; pero nuestro amigo, pase lo que pase, pese lo que pese, siempre regresa. Sabe, como sabemos los que presumimos de conocerlo, que debe estar en su isla, contra viento y marea.

Si cupiera resaltar una de entre las numerosas virtudes que adornan a César, ésa sería para mí la de la inteligencia. Articula el resto de las cualidades de nuestro amigo. En él incluso la bondad parece hija de la inteligencia. Su propia afabilidad también.

Palabras que nos llevan de nuevo a su casa, en medio del Malecón. En ella Lezama celebró su sesenta cumpleaños, a ella acuden desde hace tiempo los jóvenes creadores —y los menos jóvenes— que viven, gozan y sufren la isla sobreviviendo a todos los embargos posibles, los de fuera y los de dentro. En el corazón de la casa, tras las dos salas que sirven de recibidor, desde cuyas ventanas se abre la inmensidad del Océano, está el despacho. Los libros escalan las paredes hasta alcanzar los altísimos techos de la habitación. Delante de la modesta mesa de trabajo, donde descansa un teléfono en tantas ocasiones imposible, se encuentra el insólito sillón de orejeras donde se acomoda César, presidiendo el desvencijado pero cómodo tresillo de los invitados que han accedido al *sancta-sanctorum* de este excepcional anfitrión. Una vez servido el café, traspasado el umbral de las primeras impresiones, el mundo entero, los sabios y poetas que han sido, los pintores, músicos, actores, cineastas, filósofos, dramaturgos, todos los que contribuyeron y contribuyen a fecundar el espíritu humano, no importa el lugar ni la distancia, irán visitando ese espacio sin tiempo, porque la conversación de César lo abarca todo, lo impregna todo con la sabia picardía de los dioses mestizos que conforman ese caldero de culturas que baña la corriente del Golfo.

En ese centro del centro del universo humano reina un poeta que es a la vez un filósofo, un médico de almas y clínico de textos cuya inagotable curiosidad intelectual pocas veces ha bajado los brazos, aún en las circunstancias más difíciles.